

EL RUBÍ.

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO, TEATRAL Y DE INTERESES
MATERIALES.

AÑO III.

Valencia 17 de Noviembre de 1861.

NÚM. 10.

EL MODERNO ESTUDIANTE Ó EL SEÑORITO Á LA MODA.

Yo soy la nata y flor
del amor.

Yo soy por lo galan
un D. Juan.

Olona.

«O sabe naturaleza
más que supo, en estos tiempos,
ó muchos que nacen sábios
son, porque lo dicen ellos.»

Lope de Vega.

I.

onviene á nuestro propósito, y por salvar es-
trañas interpretaciones que al comentar las
siguientes líneas pudieran hacerse, que nues-
tro ánimo, no es atacar la susceptibilidad de
nadie, al describir en general al tipo de *El
moderno estudiante*, pues cuanto sobre él di-
gamos recae de lleno sobre nosotros, que por
fortuna ó por desgracia nos ha tocado correr
su misma suerte, y estar inscritos por consi-
guiente en sus filas hasta hace muy pocos años.

Nosotros, embebidos en esa máxima que
debe ser el tema constante del escritor público; no abrigamos jamás al tomar la
pluma otra idea, ni conocemos otro móvil, que el de procurar corregir el vicio do-
quier le encontremos, y premiar la virtud, si por premio puede tenerse nuestro
humilde beneplácito. Sentado este precedente ¿habrá quien con las armas de buena
ley, y con lógicas y sólidas razones se atreva á contrarestarnos? Podrá echársenos
en cara, si al recordar al antiguo escolar ¿lo hacemos con la consideración que se
merece, el tipo que por tantos años ha sido el emporio de nuestros hombres de
ciencia y la cuna de los ingenios que mas tarde han sido nuestra honra, nuestra
gloria? ¿Y qué sacrificios, qué desembolsos, qué presupuesto costaba á la sociedad



aquella hasta la terminacion de la carrera del estudiante, al cual no ha habido nadie que pensara erigirle una estatua en ningun claustro universitario, cuando ha sido un tipo esclusivamente español y el que mas fruto nos ha dado del árbol de la ciencia por largos años?

Ahora bien: insigniando este mismo principio ¿se estrañará si nos lamentamos de que en el claustro y en clase ocupe mas la atencion del moderno estudiante, el último figurin ó el abrigo de fulano, que la leccion y la prévia consulta al que sabe más que pudiera sacarle de una duda? ¿Dejarán acaso de ser éstos el plantel ó los hombres destinados á reemplazar á los que hoy rigen los destinos de la ciencia? ¿No es afrentoso el ver llegar la época de exámenes, cuando con la debida anticipacion se ven los catedráticos asaltados por doquier, pidiéndoles, ya por cartas, ya verbalmente, el favor para el hijo, sobrino ó recomendado, de un modo tan apremiante y por personas tan íntimas y de tanto valimiento, que apenas le es dado al profesor mas recto y justo dejar de atender á esta clase de compromisos?

Desgraciadamente, y por mas doloroso que nos sea el confesarlo, tenemos que consignar que hoy dos terceras partes de estudiantes se matriculan por lujo, para poder escudarse mas tarde con un título que ni merecen ni hubieran alcanzado de ningun modo, á no ser por la buena estrella con que nacieran. En cambio mientras que *El moderno estudiante* no sabe ni la definicion de la ciencia de que blasona, sabe hacer versos á M., á un ciprés, á una fuente, á la noche callada, á la que no calla y otras por el estilo, al mismo tiempo que es amigo de todos los periodistas, los cuales, al decir de él, le tienen abrumado por estar pidiéndole siempre artículos ó poesías; y esto, como es natural, le priva de poder estudiar todo lo que apeteceria.

Personifiquemos por un momento á nuestro tipo. Veamos cómo se firma al final de una de sus composiciones poéticas y sabremos cómo se llama, á pesar de que, segun él, solo pone las iniciales para evitar que otro se engalane usurpándole lo que es hijo de su fecunda imaginacion.

Ved aquí su nombre: Adolfo Aquilino de Bolimia de Fuente Tibia y Calahorra. Mas adelante, y cuando la esperiencia le ha puesto en claro un poco el verdadero significado de los nombres, se firma igual, solo sí que suprimiendo el apellido de padre, por no ser de su gusto eso de Bolimia: al efecto pone solo una B., y se hace llamar «Fuente Tibia de Calahorra.»

De estas puerilidades no nos ocupáramos si pudiéramos encontrar en la vida *estudiantil*, ó mejor dicho *á la moda*, que hoy hace nuestro protagonista, un hecho, un acontecimiento digno de mentarse, una peripecia que pudiera probar génio, pero desgraciadamente si le seguimos paso por paso desde que entra en la universidad hasta que sale de ella (por cierto que sin lograr que ésta le entrase á él), solo veremos una consecucion de hechos tan insípidos y monótonos, que solo á él mismo pueden interesarle, porque abrigamos la conviccion de que tal vez esté atormentado porque la manga del carrich de F. tiene mas caida que la suya y se le figura está mas elegante: esta idea le preocupa durante la hora de clase, y solo ansia terminar para irse en casa del sastre á ver si puede remediarse aquella infraccion del figurin, que le hará pasar por el ridiculo de cuantos le vean. ¡Pero D. Fulanito, mire V. el figurin y verá V. como quien debe cortarse la caida ha de ser su amigo que de seguro la lleva mas larga de lo necesario, si es como V. dice! — Pues en ese caso ¿cómo no ha ido Fulano á que se lo remedie su sastre? — Que sé yo, replica el sastre.

En una palabra, *El moderno estudiante* no tiene vida pública; lo que hace mas

bien le perjudica que otra cosa, por ocuparse principalmente, con toda su preferencia y poniendo sus cinco sentidos, en actos de pueriles personalidades que mas tarde le avergüenzan y casi no puede creer que haya pasado él mismo por todas aquellas superficialidades que el sentido comun rechaza.

Hacemos la debida salvedad de las escepciones que en toda regla general tienen lugar, y reservamos el preferente lugar que se merecen los jóvenes que, perdiendo á sus padres á la mitad de su carrera, y con ellos todo su patrimonio, y solo á fuerza de los mayores sacrificios pueden alcanzar la licenciatura. Rendimos tambien el homenaje debido á los que, por una vocacion irresistible, se ven precisados á luchar con las mas sensibles privaciones para poder llegar á la meta de sus deseos. Unos y otros son dignos del aplauso de la sociedad, que no siempre premia tanta virtud, tanta resignacion y sufrimiento.

Doloroso es pensar en los males que reporta á ciertas clases el lujo y vanidad que hoy se ha introducido en las universidades, y pasamos por alto el no menos vejatorio y peor de todos los males, que estriba á no dudar en el impuesto de matrículas, libros de texto y demás gabelas que para cursar se hace preciso.

Esto no es de nuestra incumbencia, por lo mismo haciendo abstraccion de ello, solo quisiéramos ver en *El moderno estudiante*, si posible fuese, desde que estudia gramática, el principio del hombre pensador, la circunspeccion y maneras comedidas que revelan al juicioso y sensato; nunca, jamás ver al mentecato, vanidoso y petulante: en los tiempos *del antiguo escolar* todo le estaba dispensado, porque el trage lo autorizaba, á pesar de que aquel si se hacia señalar, no era por ningun acto ridículo hijo de su poco discurso, sino tal vez por su demasiada agudeza. Hoy han cambiado las cosas de su sér y estado, y sobre todo en la forma; justo es, pues, que ya que se ha procurado la *decencia y decoro* en los trages, que no se olviden los que de tan buen grado han aceptado esta innovacion, que tambien seria conveniente se suprimieran ciertas esterioridades que tienen lugar en las reuniones, paseos y sitios públicos, propias de la gente sin seso, y que lejos de adquirir el buen nombre que sin duda se proponen, solo logran ponerse en berlina y dar que reir al vulgo. La estima en que tenemos á tan respetable clase, por mas que otra cosa se diga y el buen deseo de evitar que la juventud pase sus mejores años ocupada con eficaz preferencia en las faenas, costumbres y acciones mas propias para muger que no para hombre, nos incitan á llamar la atencion sobre el particular.

Por lo demás, el parangon entre *El antiguo escolar* y *el moderno estudiante* no puede ser ya mas desfavorable para este último.

A la sobriedad de aquel, han reemplazado las necesidades de éste. A la animacion del primero, la monotonía del segundo: la gracia y gentileza española, se ha cambiado por el énfasis de los franceses; la agudeza y los chistes, se han sustituido por las necedades siempre insulsas; al tipo de pura sangre, se le ha trocado por el tipo extranjero; al constante, asídúo y provechoso estudio, le ha sucedido la indiferencia mas punible. Al hombre, en fin, de provecho para la sociedad y que poseia el corazon á lo antiguo, le ha depuesto el egoista especial de sentimientos modernos.

Nebót.

Continúan las composiciones inéditas del Sr. Estellés.

NO SE POT FER RES, DABANT DE CRIATURES.

Un ricacho ya de edat
De'n pòble molt pròp d'así
Tenia un forner veí
Y un sastre al atre costat.
Veentse en l'hòra postrera
Ya casi apunt de espirar,
Fen als dos veins pasar
Y els parlá de esta manera:
—«Sent lliures á cada ú
Deixaré en lo testament
Si es que hasta el ultim moment
No me abandona ningú.»

Se va quedar asombrat
Tant el sastre com forner,
Pensant cóm podia ser
Favor tan inesperat.
Preguntárenli al pasient
«Que quin era el seu obchète»
Pues se tenia al suchète
Per hòme de enteniment.
Y este agoviat pel dolor
«Lo que vulle es, els va dir,
Entre dos lladres morir
Com morí nòstre Señor.»

S. Estellés.

LA AMBICION.

(Conclusion.)

¡Ay! qué el anónimo no mentia, ¡ay qué su pérfida muger les dehonraba!

Ya te he dicho que el infeliz estaba loco.

Avanzaba sediento de sangre y de venganza, y oyó al través de su vértigo, las palabras de ternura que pronunciaba Susana.

Entonces un velo cubrió sus ojos, le abandonó la razon, y sin darse apenas cuenta de lo que hacia, descargó sus dos pistolas en el aposento.

Dos gritos desgarradores respondieron á las detonaciones; pero uno de aquellos gritos heló la sangre en sus venas.

—¡Hijo! ¡hijo! habia gritado Susana.

El marqués corrió como una exhalacion á la puerta, se amparó del farol, volvió....

¡Ay, por qué no quedó sin vida, antes de contemplar el horrendo espectáculo que se ofreció á sus ojos!

Susana, chorreando sangre, estrechaba entre sus brazos el cadáver de su hijo.

El marqués cayó al suelo como herido del rayo.

—¡Tú! ¡tú! balbuceaba Susana delirante, ¡tú has asesinado á tu hijo...! ¡Me has asesinado á mí ...! ¿Por qué? ¿Por qué...? ¡y yo te amaba...! ¡y yo rogaba á Dios por ti! ¡Maldito! ¡maldito!

En aquel instante los criados, los vecinos, atraídos por la esplosion se precipitaron en el jardin, trayendo luces con que alumbrar el sangriento cuadro.

Tambien llegó Clara, pero fue cuando su hija daba el postrero suspiro.

Y como si faltase algo al horror de aquella escena, oyóse repentinamente un vivo fuego de fusilería hacia las alturas, y todas las campanas del valle tocaron á rebato.

El marqués se levantó, como si aquel rumor siniestro le hubiese galvanizado.

Habia abandonado su puesto, habia hecho traicion á sus banderas, habia causado la ruina de sus tropas.

¿Concibes tú, Julia, que se puedan soportar sin morir ciertos momentos angustiosos de la vida?

El marqués se arrojó sobre los adorados cadáveres, los cubrió de besos, y se abalanzó á la puerta.

Iba á morir luchando.

Pero una compañía de soldados invadió el jardín y detuvo al fugitivo.

Las palabras del niño habian trocado en certidumbre las sospechas, el oficial habia dado cuenta de todo al gobernador de S. Sebastian.

Un hilo le bastó á Teseo para franquear el laberinto.

A aquellas horas los liberales tenian ya otro gefe, y cuando se acercó el enemigo, los encontró alerta y prevenidos. Fue vergonzosamente derrotado.

El sucesor del marqués tenia ámplios poderes para castigar su defecion, era necesario un egemplar y severísimo escarmiento, para asustar á los traidores.

En la misma sala de su casa instalóse el consejo de guerra. A las tres horas estaba ya juzgado y condenado á muerte.

El infeliz no intentó defenderse, ¿para qué queria la vida? ¿Para qué queria el honor?

Pidió por única gracia que no le separasen de sus victimas.

No prestó atencion á la lectura de la sentencia, no prestó atencion á los consuelos del sacerdote.

¡Oh cuánto deseaba morir!

Blanqueaba apenas el alba, y ya los soldados estaban formando el cuadro en medio del jardín.

El marqués besó por última vez con trasporte á las prendas de su amor.

—¡Hasta ahora mismo! dijo sonriendo, y se lanzó en medio del cuadro, sin permitir que le vendasen los ojos.

La vista de las armas pareció devolverle la razon.

Aquellos soldados eran sus soldados.

—¡Hijos! gritó llorando, ¡oh, no creais jamás que os he vendido!

Como si el cielo quisiera confirmar esta protesta, una muger pálida, desgredada, jadeante, se precipitó por la escalera y se abalanzó hacia ellos.

—¡He sido yo! ¡yo! exclamó fuera de sí, ¡yo vendia á mi yerno...! ¡yo escribí el anónimo para atraerle aquí...! ¡Susana, era inocente...! mi hijo es inocente, yo..., yo debo morir.

Y cayó de rodillas.

Mas qué compasion, aquella muger inspiraba horror.

Gefes y soldados, todos volvieron sus ojos con ansiedad hacia el marqués.

El infeliz comprendió lo que querían decir estas miradas.

—¡Gracias! exclamó con voz ahogada. ¡Es un bien para mí el morir...! ¡perdon á todos! ¡que Dios se sirva perdonarme! ¡fuego ...! ¡fuego!

¡Oh terrible inflexibilidad de las leyes militares! los soldados lloraban, y no obstante veinte balas partieron silbando, y sobre la húmeda yerba del jardín, se ostentó un cadáver mas.

Julia, el Dios de misericordia infinita, lo es tambien de infinita justicia.

¡Han pasado veintiseis años desde la espantosa catástrofe, y Clara vive todavía!

¡Vive, Julia, vive, ¿comprendes cuánto encierra de horrible esta palabra?

Los bienes del marqués pasaron á su familia.

Clara, pobre, sola, abandonada, fue recogida casi por caridad, por un rústico leñador de su pueblo nativo, lejano pariente de su padre

¡Oh cuán tristes son sus días sin paz, cuán largas son sus noches, en que la acosan las sombras de todos los individuos de su familia, arrastrados por su ambición al precipicio!

¡Cómo taladra su corazón la vista de sus compañeras de infancia, que no queriendo elevarse sobre su estado, han sabido honrarle, teniendo por recompensa un modesto bienestar, familia y bendiciones!

Y ella sola, ella vieja, ella achacosa y esquivada de todos, de todos cordialmente aborrecida, y sin embargo, vive y vivirá aun muchos años.... ¡Dios es justo!

¡Oh Julia, Julia mía, conténtate con el lote que te quepa en suerte, no olvides que la brillantéz de un estado, no es mas que el reflejo del brillo de nuestras acciones, no olvides que la oruga convertida en mariposa, muere calcinada por la misma luz que la fascina!

Angela Grassi.

LA LITERATURA EN LA MUGER.

ALEJANDRINA ARGUELLES TORAL Y HEVIA.

Una prueba innegable, un ejemplo patente de que el poeta nace, es la señorita de cuya interesante biografía vamos á ocuparnos con particular placer.

También este ángel, esta hermosísima niña, que ha subido al cielo con la inmarcesible corona de las vírgenes, hará ver á los detractores de las poetisas lo que ya llevo dicho en diferentes ocasiones, y que repetiré una y mil veces, si necesá-riamente fuera.

No es ni puede ser nunca la literatura la que hace de la muger una esposa descuidada, que abandona sus deberes y sus mas caros afectos por el cuidado de trazar algunas líneas para el público.

¡Ah! ¡No! La literatura no hace de la muger una mala hija, ni aun siquiera indiferente ó desdeñosa para con los autores de sus días. Alejandrina nos probará lo contrario: ninguna mas dulce, mas tierna, ni mas cariñosa; ninguna con mas abne-

gacion ni mas pronta á sacrificarse en aras del amor, de la gratitud, de la amistad, y de todos los santos y purísimos afectos de la tierra.

Es verdad que cierta parte del público ha llegado á juzgar á la escritora como á un tipo especial, muy semejante al que no há mucho nos ha presentado en una cómica piececita un distinguido poeta, haciendo recaer el ridículo en la literata, cuando solo debiera confundir á la marisabidilla ignorante y vana, que, llevada de un amor propio exagerado, llega á creerse un génio, un portento de sabiduría, y en esta creencia hace una profesion de lo que solo debiera ser un bello adorno, desdenándose, desde el momento en que tan alta se considera, de ocuparse en los triviales quehaceres domésticos, siquiera el resultado de ellos sea la salud y el bienestar de sus hijos y de su esposo.

¡Ah! Yo la primera lanzaré los rayos de mi indignacion sobre las que ese concepto merecen, táchelas, en buen hora, la crítica y el público ilustrado; pero no se las confunda con el verdadero génio, con la modesta poetisa, que, desconociendo su propio mérito, consagra su vida á las delicias del hogar doméstico, hallando satisfechas todas sus ambiciones si ve coronados sus desvelos por una sonrisa afectuosa de los seres á quien ama, y por la benevolencia del ilustrado público, que recibe el fruto de sus vigilias cual un destello de entusiasmo por la poesia, como una ofrenda que dedica con fraternal cariño á la humanidad entera.

Dejaré las dolorosas reflexiones, para demostrar con el ejemplo lo que llevo dicho.

Alejandra nació en Irun el dia 20 de Setiembre de 1845. Era hija del Sr. Don Lucio Argüelles Toral y de Doña Dolores Hevia.

Desde su primera edad comenzó á demostrar las eminentes dotes que, desarrolladas en poquísimos años, debian enaltecerla de una manera prodigiosa, dejando unida á su gratisimo nombre la triple aureola de poetisa, cantante y compositora.

Apenas contaba cuatro ó cinco años, cuando demostró su precóz talento y la exquisita sensibilidad de su corazon. En su alma noble, grande y apasionada, halláronse reunidos todos los generosos y puros sentimientos de la vida, formando del amor de sus padres y de su familia una adoracion, un culto especial, que embargaba sus sentidos de una manera absoluta.

Recorramos las bellísimas páginas de sus encantadoras poesías, y se encontrará en todas ellas rasgos de la infinita ternura de su alma pura y candorosa.

Encanta oírsele esclamar con inimitable gracia, dirigiéndose á su hermana Matilde:

Angel divino,
Rosa de Abril,
Niña hechicera,
Mi serafin.

Tú eres mi encanto,
Tú eres mi amor,
Tú eres el ángel
De mi ilusion.

En otro lugar dice á la misma:

No hay rosa que se parezca
A tí, Matilde querida,
Porque en tu cara de ángel
Siempre los colores brillan.

En otra, llamándola su musa de inspiracion, esclama:

Inspiracion fecunda,
Raudal ardiente,
Que vida y entusiasmo
Das á mi mente.

.....
Mil sonrisas amantes
Tú me devuelves,
Mi Matilde hechicera,
Perla de Oriente.

Mil y mil egemplos pudiera citar que demuestran el talento poético y el ardiente amor que profesaba á su familia; empero como los limites de este periódico no me permiten dar á este artículo la estension que quisiera, me ceñiré á presentar los principales rasgos, rogando á mis lectores no dejen de leer estas lindas poesías, que en la actualidad se publican en *La Elegancia de Irún*, y que yo no vacilaria en titular *Flores de la inocencia*, porque todas ellas respiran el agradable perfume del candor, de la modestia y de la angelical pureza de un alma virginal que apenas entreabrió su cáliz á las mundanales brisas.

¡Qué inimitable, qué arrebatadora se muestra cuando á la corta edad de ocho años, y despues de restablecida de una enfermedad, felicita los dias á su tiernísima madre, en la composicion cuyos primeros versos son:

¡Ni ver la brillante aurora
Cuando hermosa se presenta,
Ni la salida del sol
Cuando radiante se muestra!

.....
¿Quién al ver esta poesia, en la cual se adivina el genio eminentemente poético de su infantil autora, no siente conmovida su alma?

Del mismo modo que cuando con igual motivo dice á su papá:

Ya viene el mes de Marzo,
Tan alegre y florido,
En él los ruiseñores
Cantan sus dulces trinos.

.....
Tambien para la amistad tiene bellísimos versos, y pensamientos tan sublimes, que causa admiracion el creer haya podido concebirlos una niña. Semejantes á éste y otros muchos que seria prolijo enumerar. Le decia á su amiga Elvira:

Flores dan á la hermosura,
Y laureles al talento;
A la inocencia violetas,
Y á la virtud mirtos bellos.
A tí, Elvira, que posees
Esos dones verdaderos,
Mirtos, laureles y rosas
Siempre te darán en premio.

A su papá dedicó preciosas romanzas, que merecieron la honra de ser puestas en música por su distinguido maestro D. Baltasar Saldoni, al cual, y dicho sea de paso, tampoco se olvidó de consagrar una de sus mas perfectas y acabadas poesías.

Lo que llevo dicho basta para probar que la señorita Doña Alejandrina Argüelles Toral, á la temprana edad de catorce años, era una poetisa, era un verdadero genio; pero tan eminente, tan sublime, tan grande, que no tenia espacio en la tierra para estender sus gigantescas alas, y se agostó en flor, consumido por su propio fuego.

Su alma sentíase conmovida por todos los acontecimientos elevados, y dejábase arrebatar por el sentimiento; demostrando sus impresiones á cada paso, ya saludando las poblaciones que la recibían en su seno, ya felicitando á la Reina en *Covadonga*, ya por la toma de *Tetuan*, por el natalicio del *Príncipe de Asturias*, por la muerte de *Guzman*, por la inauguración del canal de *Isabel II*, por la del teatro de la *Zarzuela*, y por otros muchos importantes acontecimientos que inflamaban de un santo entusiasmo su juvenil corazón.

Trasladado su papá de administrador de contribuciones indirectas á Granada en 1852, y cuando apenas la hermosa niña contaba siete años, vió en la arabesca ciudad cuanto de bello encierra, siendo los recuerdos que conservó de la Alhambra y del Albaicín, de sus lindos cármenes y de su ilustrado Liceo, un fuerte estímulo y notable desarrollo para su ardiente y privilegiada imaginación.

Ya que la hemos juzgado, aunque ligeramente, como literata, darémosla á conocer como cantante y compositora, género difícilísimo, y en el que no sobresalió menos que en la poesía.

Alejandrina comenzó en Córdoba sus estudios musicales, aprendiendo las primeras notas bajo la dirección de una señorita, y cuando apenas contaba ocho años.

Después pasó á Madrid, y los continuó en grande escala, dirigida por el eminente maestro D. Baltasar Saldoni, con quien aprendió el solfeo, el canto y la armonía, perfeccionándose en el piano.

Al cumplir los doce años era una notabilidad, teniendo admirado á su maestro sus rápidos progresos, hasta el punto que una noche la presentó en uno de los conciertos que este profesor suele dar en su casa con el laudable objeto de dar á conocer los adelantos de sus discípulos.

Es imposible pintar las impresiones, el entusiasmo y admiración que hizo sentir en la escogida concurrencia la infantil Alejandrina. Niña aun, viéronla colocada á la altura de una cantante de gran práctica: sus elegantes maneras, su magestuosa y grave actitud, la espresion y colorido que daba á las frases y períodos musicales, su afinación y pastosa voz, formaban un conjunto de brillantísimas dotes que revelaban á una grande artista, ó mejor dicho, á un ángel del cielo, embriagándonos en deliciosas armonías. Aquella tierna y gratísima voz hacia sentir los afectos que la cantante espresaba con todo el fuego de la pasión, con toda el alma de una muger poseída.

Los progresos fueron iguales en la composición y la armonía. A los cuatro meses de estudio, conocía perfectamente ésta, y analizaba cuanta música veía.

Compuso algunas piecitas para piano y para piano y canto, entre ellas una preciosa romanza, que fue aplaudida y admirada por cuantos inteligentes la escucharon, mereciendo por ella la distinguida honra de ocupar una página de las *Efemérides de músicos españoles*, escritas por el Sr. Saldoni, en la que se hace justicia á su relevante mérito.

¡Ah! ¡Qué pérdida tan dolorosa para el arte musical, para el literario y para el nombre español!!....

La temprana muerte de Alejandrina arrebató al horizonte de nuestra patria un astro brillante, pero de tal magnitud, de tan magnífico fulgor, que hubiera sido una de nuestras mas eminentes glorias.

Yo lo he dicho en otro lugar: su génio no cabia en el mundo, y agostóse á impulsos de su propio fuego.

A los catorce años comenzó á sentir los padecimientos de la cruel enfermedad que debia conducirla al sepulcro. Durante el largo período de sus incesantes dolores, no se desmintió su serenidad, la bondad de su corazon ni su angelical mansedumbre.

Hasta en los últimos momentos demostró la inmensa ternura que profesaba á su familia, procurando ocultarles la gravedad de su mal y consolando á todos, en particular á su amantísima madre, cuyos pesares sentia con dolorosa amargura.

Llevaronla por consejo de los médicos á Valencia, con la esperanza de que recobrase la salud, y fue la hermosa y purísima niña á dormir el sueño de los ángeles en la ciudad de las flores, arrullada por las brisas primaverales y los murmullos del mar.

Era Jueves Santo cuando rindió su espíritu al Señor: dia célebre y sagrado, que unido á la fecha de 5 de Abril de 1860, quedó cual un recuerdo indeleble en las almas angustiadas de sus amantes padres y su tierna hermana.

Hoy, para formar una corona á su memoria, se ocupan casi todos los poetas españoles amantes del mérito verdadero en crear lindas y poéticas trovas, fúnebres flores que cual un homenaje de entusiasta admiracion tributan á la virtuosa niña que derramó el consuelo, la dicha y la paz en los corazones que la amaban; á la gran poetisa que en su bello libro de poesías, en ese precioso ramo donde la inocencia y el candor vertieron sus célicos perfumes, nos legó una joya que admirar; y á la gran compositora que enriqueció el arte musical con tan poéticas romanzas, dejándonos embargados por las mágicas armonías de su poderoso y artístico génio, suspensa el alma, ofuscados los sentidos por su triple aureola y por los brillantes rayos de la corona de virgen que ostenta en las mansiones celestiales, donde el Señor la habrá recompensado con el premio debido á sus virtudes.

Faustina Sáez de Melgar.

A continuacion estampamos otra de las poesías de la malograda Alejandrina Toral.

Á MI AMIGO Y MAESTRO

D. BALTASAR SALDONI.

Al gran compositor que España admira,
al que su ciencia Apolo le inspiró;
David para su música sagrada
su arpa divina y santa le prestó.

Al ilustre cantor que su Ipermestra
la perla de las óperas nos dió,
que sus sienés coronas mil ciñeron
y ovaciones y triunfos le valió.

Al que escribió de Monserrat las glorias
y su colegio célebre ensalzó
dando así á conocer el primer sitio
en que su grande ingenio demostró.

Al que de Cúterpe misma coronado
en la escena mil veces se miró,
y al que con sus grandiosas melodías
en el templo, rival no conoció.

Y al fin, al que en su método de canto
á la Francia y á la Italia entusiasmó
donando al arte una preciosa joya
que el mundo filarmónico admiró.

Este sublime génio de quien hablo
que con cariño siempre me enseñó,
es mi amado maestro á quien sus días
en pobres versos felicito yo.

Alejandrina Toral y Hevia.

MISTERIOS DE MARRUECOS

ó

RECUERDOS DE TETUAN,

por D. Carlos Rico Olivares.

LOS JUDÍOS.

V.

Penetremos por el *Bal-el-Mel-lag* ó puerta de la judería y entremos en este barrio.

Una calle ancha como ninguna de las que hasta aquí habeis recorrido se presenta á vuestra vista. A uno y otro lado se abren multitud de tiendecillas pequeñas y sucias, en un todo iguales á las de los moros. En unas se despacha azúcar y café, jabon blando y aceite, papel de escribir y especias, todo revuelto, otras las ocupan sastres ó zapateros, hojalateros, barberos, ó cordoneros, y al final de las calles se hallan las carnicerías.

Esta primer calle, la mas espaciosa de todo el barrio, está á todas horas muy concurrida y así que se entra en ella hiere los oídos un murmullo general, una gritería continua. Esto se debe á que esta calle sirve de plaza y de mercado á los judíos y éstos son habladores y disputadores por excelencia.

¡Qué caras! ¡qué trages! ¡qué fachas!

Allí veis á Moisés vendiendo almendrados, caramelos y garbanzos cocidos en agua y sal que mide con una gicara como venden los altramuces en Valencia.

Jacob el zapatero disputa con Abrahám su vecino sobre si le robó ó no uno de sus parroquianos, y Josef se queja á Esaú de que el azúcar que vende está mezclado con tierra.

Las mugeres que por allí transitan no ocultan ya su rostro como las moras.

Una Judit ó alguna Raquel pasa con su manto blanco hecho dobleces, que cubre tan solo el alto tocado de su cabeza, los hombros y media espalda, pareciendo una mantilla española bajo la cual salen unas grandes mangas de algodón blanco. Una faja de seda azul ó verde entretejido de oro rodea su cintura, y bajo de sus caderas una saya ó manto de paño oscuro de muy poco vuelo abierto por delante, pero muy sobrepuestas sus orillas y adornadas de galones de oro el borde y punta, de la que cae encima.

Caminan muy despacio y con muy poca gracia.

Estér atraviesa la calle con un cántaro de agua en la cadera, desgreñados los cabellos y descalza de pie y pierna con un simple vestido de percal y un pañuelo arrollado á la cabeza. A su lado va Reveca con igual trage y de la misma traza, cargada con otro cántaro y comiendo puñaditos de linaza tostada que acaba de regalarla Isac, el hijo de Samuel el barbero.

Los judíos son en mayor número, y en su traje veis un remedo del de los moros, pero ridículo y pobre; tampoco les permiten vestir de otro modo, como no vistan á la europea, á no ser así el judío de Marruecos que es vanidoso por esencia llegaría hasta sobrepujar al moro en la riqueza de sus trages.

Todas las prendas que usan, parecidas á las de los moros, varían mucho en la forma y el color. Desde luego les está completamente prohibido llevar turbante; el gorro color de grana y borla azul que aquellos usan, éstos no pueden usarla tampoco, pues si bien les permiten gorro, ha de ser de color negro y sin borla, al cual llaman ellos *bonete*. La túnica ó *Schojá* morisca la gastan también los judíos con el nombre de *yalac*, pero de menos vuelo, muy ceñida al cuerpo y adornada con cordones y trencillas de seda negra, y en vez de emplear ricas y vistosas telas, les hacen de paño ó merino de azul turquí oscuro, y la sujetan con una faja á la cintura. Cuando hace frío se cubren con un abrigo ó gaban que llaman *capote*, y solo en sus días de gala ó los sábados que con sus días festivos usan un ancho albornoz negro, cuya capucha no se echan jamás sobre la cabeza, á no hallarse de luto, siendo ésta su prenda de mas lujo.

CHARÁ.

El que la primera'mpren
y á la cuarta'm sap deixar,
vorá que ya molta chent
que'n busca'bans de dinar:
desde la quinta'n abant
vorá que'n la quinta está

un'infelis que va errant
per un caminet molt plá;
y per mes que va buscant
ahon trobar esta chará,
en chamay pòt vorelá
aunque la tinga davánt.

P. N.

TEATRO PRINCIPAL.

Por fin, el jueves en la noche, tuvimos el gusto de ver en escena el melodrama lírico en cuatro actos, música del célebre Verdi y nuevo en Valencia; titulado *Un Ballo in Maschera*.

La ansiedad por conocer esta partitura, rayaba ya casi en frenesí, entre los *dilatanti* que cada uno la juzgaba á su manera ya por haberla oído en la corte ya por las noticias que de la misma tenia.

Nosotros sin embargo, antes de hacer un juicio analítico de la obra, hubiéramos deseado verla mas noches, pues á pesar de que la hemos oído las dos primeras que se ha representado y habíamos asistido á los ensayos; tenemos la convicción, atendida la novedad que presenta este nuevo espartito y lo mucho que se separa de la demás música que hasta la presente habíamos oído del maestro Verdi; que para no obrar de ligeros, necesitábamos doble conocimiento de causa para poder dar nuestro fallo basado en la mas profunda convicción, procuraremos á pesar de todo, no salirnos de la línea mas recta, que nos ha sido dado trazarnos.

El público aficionado, ó conocedor de la música, espera el debút de una ópera

nueva, como uno de los grandes acontecimientos de su vida, como sucede á todos los amantes á cualquiera de las artes sublimes, el dia que tienen motivo de admiración una novedad artística: nuevas emociones, nuevos goces, variedad, distracción, todo en fin lo que mas alhaga al hombre pensador, se le presenta en aquel momento que es á no dudar de los mejores que puedan ocurrírsele en su vida.

En nuestro concepto, los apreciadores de la música por esta vez, han podido darse la mas completa enhorabuena por que la nueva ópera les ha ofrecido cuanto puede exigirse en hecho de tal magnitud.

¡Contrastes, emociones, poesía, creacion! Todo repetimos lo encierra el nuevo espartito; y si otra prueba no tuviéramos, creemos bastaria saber que hasta los profanos á quienes no les es dado conocer ni distinguir la *bella música* y su riqueza, han encontrado saláz y enegenamiento, tanto como los inteligentes han hallado alhago y entusiasmo. Desde que la orquesta empieza el preludio, verdadera espouición de la ópera, el público en general quedase en silencio y empieza á admirar la indisputable maestría con que el gran Verdi, dá comienzo á su obra con música imitativa que se reproduce constantemente en la ópera; sigue la pequeña introducción, donde los dos bajos sin alterar el canto principal, sostienen un glosado de muy buen efecto y que fue aplaudido; continúa el curso del primer acto y se ofrece una romanza de barítono que entre las frases que contiene sobresale la que dice: «*Te perduto, ov é la patria col suo splendido avvenir,*» de gran efecto y novedad; en seguida viene una *ballata* del page, sencillísima y de gran resultado; y lo que sobresale en este acto y embarga al espectador es, el final del mismo cuando dice: «*Ogni cura si doni al diletto,*» donde Verdi ha estado inspiradísimo y creador, si se nos permite esta frase.

El acto segundo empieza por tres acordes generales de orquesta de gran fuerza que predispone y anuncia la clase de música que el autor quiere expresar en el dicho acto por las predicciones que la *Maga* profetiza al conde. Estos acordes son de tan buen efecto y brillantéz, que á la precision con que la orquesta los ejecuta, fue debido, el que algunos de los abonados mas inmediatos á la misma, diesen tal salto desde su asiento, que no solo les despertó para toda la función, sino que hubo quien preguntó, «si habia ocurrido algo.» En el curso de este acto que es magnifico hay un terceto de tiple, contralto y tenor, raro, de buen gusto y nuevo, sigue la *canzone* del tenor «*Di tu se fedele el flutto m'aspetta*» braba y ligera que estasia y donde el Sr. Piccini nos hizo oír un magnifico *si* natural que por cierto envidiarían muchos tenores de *primísimo cartello*; continúa el quinteto donde está la tan celebrada frase que canta el tenor «*¿Scherzo od é follia?*» verdadera espresion poética musical que tanto dice y revela el génio del maestro compositor, terminando este acto con un himno en loor del conde, donde se reúne el canto general con el de la tiple, el tenor, el barítono y los dos bajos, haciendo un contraste de semi-copados el canto de la contralto, que ejecutándose todos á la vez, ninguno se oscurece, todos brillan y forman un conjunto admirable.—Bravo Sr. Verdi.

El acto tercero empieza con un gran preludio de buen efecto para dar lugar á la bajada de la tiple por la montaña, sigue el aria de la misma de contraste y el gran duo de tiple y tenor, que es sin duda la pieza de mas efecto y mas poesía de la ópera. Dicho duo arrebató y con justicia, pues fue cantado y acentuado con maestría y mucho entusiasmo por la Sra. Edelvira y el Sr. Piccinini, el cual se remontó hasta el *dó* natural. Bravo y mas bravo.

Sigue el terceto con el Sr. Morelli que fue muy bien interpretado por el claro

y oscuro con que el autor ha querido demostrar el afán y sentimientos que en aquel momento supremo hacen prever el fin desgraciado del simpático conde, continúa el final con un coro de conjurados de muy buen efecto y de brillantéz. Si hemos de ser imparciales y decir lo que nuestra conciencia nos dicta, este acto es el de la ópera: entusiasmó al público y por cierto que el ruido sordo de la cascada armonizaba poéticamente con la creacion musical.

Acto cuarto.—Este acto empieza con una aria de la Sra. Ida, que por mas que dicha artista la cantó con precision y acierto, no es de gran efecto; no así la que sigue del Sr. Morelli que es una de las mejores piezas de la ópera. Fue muy bien interpretada por dicho señor, y por cierto que es difícil sostener la tesitura alta que tiene. Despues viene la conjura, terceto, cuarteto y quinteto, donde el maestro ha hecho un trabajo grande tanto en instrumentacion, como en armonia é imitacion, siendo de muy buen efecto el quinteto que dice «*Di che fulgor, che musiche*» muy bien cantado por las Sras. Ida, Babacci y los Sres. Morelli, Segarra y Oriola, y fue justamente aplaudido. El final de la ópera aunque brillante y bien puesto el baile por el Sr. Perales, y acertada la banda dirigida por D. Enrique Genova, músico mayor del regimiento de la Reina, no logró cautivar, y no es de extrañar, pues despues del tercer acto, todo aparece pálido. Así, pues, diremos que la ópera *un Ballo in Maschera*, es una obra de las mejores del Sr. Verdi, pues además de la creacion, génio, melodías, armonías, trabajo, y una instrumentacion variada, nueva y poética, reúne novedad; difícil tarea que para alcanzarla es preciso estar dotado de esa inspiracion y génio que solo alcanzan los seres predestinados como el Sr. Verdi, á quien enviamos nuestro hurra de contento, nuestro espontáneo beneplácito.

Por lo que hace á la egecucion, de la cual nos hemos ocupado ya de los hechos principales, diremos para completar este bosquejo que la Sra. Ida Edelvira estuvo felicísima en todo el curso de la ópera, arrebatando á los espectadores en aquellos trozos donde es preciso que la artista y la cantante se dejen conocer.

La Sra. Clelia Fortti Babacci sacó todo el partido posible en el pequeño papel de Page, siendo aplaudida especialmente en su *balata* del primer acto que la cantó con elegancia y facilidad: le damos las gracias por haberse prestado al desempeño de esta parte solo por contribuir al éxito de la obra. No olvidaremos las buenas cosas que oímos á los espectadores al reparar lo admirablemente y buen gusto con que vistió los tres diferentes trages, especialmente el último.

La Sra. Ghedini, contralto, vistió con propiedad y cantó bien su parte.

El Sr. Piccinini se ha escedido esta vez, dejando muy satisfecho al público, que oyó con especial agrado su voz tonante, aguda, de buen timbre y escilante. Bien, Sr. Piccinini.

El Sr. Morelli se condujo como siempre, caracterizando su difícil parte y cantando con el gusto que posee.

El Sr. Segarra ha estado admirablemente, y á quien significamos el contento del público por haberse prestado á un papel insignificante solo en obsequio al mismo. El Sr. Oriola y Morelli Joaquin, llenaron su cometido, haciéndose digno de especial mencion este último por lo bien que ha puesto la escena.

Los partiquinos y coros muy bien, conociéndose la entendida direccion del señor Vidal.

La orquesta admirablemente.

El Sr. D. Leandro Ruiz, director de orquesta, merece todos nuestros elogios por su aptitud y asiduo trabajo y esa constancia con que le vemos siempre, y especial-

mente en una partitura como ésta de tanta instrumentacion: Asimismo le damos las gracias por la innovacion del piano en la orquesta, pues cada dia vemos su mucha necesidad: En el tercero y cuarto acto, le vimos acompañar la romanza de barítono y otras piezas con la mano izquierda sin abandonar la batuta de su diestra. Bien, muy bien, Sr. Ruiz.

Las decoraciones pintadas, en número de cinco, por el escenógrafo D. Baldomero Almejun, nos han parecido bastante regulares, especialmente la del tercer acto, en que aparece un campo solitario, al pie de escarpadas colinas, y que los ténues reflejos de la luna dan cierto colorido melancólico y triste que impone al espectador: una magnífica cascada de agua natural anima doblemente aquel cuadro que no puede verse con indiferencia. Esta cascada podemos asegurar que hasta el presente no se ha presentado aun en ninguno de los teatros de España donde se ha puesto en escena *Il Ballo in Maschera*. El público, rindiendo un justo y merecido tributo al pintor Sr. Almejun, le llamó á la escena, colmándole de aplausos prolongados. Los trages, tanto de las partes principales como los de los coristas, han ofrecido, á la vez que buen gusto, mucha verdad; propios de la situacion, pais, personajes y épocas; por lo cual felicitamos al director de la sastrería, que tan exactamente ha sabido llenar su cometido, y á la empresa, por no haber omitido gasto de ninguna clase. La escena en general estuvo bien servida. La concurrencia numerosa y escogida, como lo es siempre en este coliseo.

El Rubí.

ANSISAM DE TOTES HERBES.

Chò Bòu.—Partint del prinsipi de que *El Rubí* nunca podria ser torero ni en cara que sòls fora cabretero, mes que desde els carafals; aném á dir dos parauletes sobre la correguda de afisonats, efectuá el ultim dichòus en la plasa de Tòros. En matèria de cuernos son mes intelichents els nòstres apreciables companeros de premsa, als que sedim sempre la iniciativa pera que se ocupen de tan peliaguda cuestió, pero com hara se trata de aficionats, nos tòca á nosatros, que no podem alcansar atre titul en este art.

En micha plasa plena de una numerosa y escogida concurrencia y presidida pera els actes del toreo, per latra cuadrilla també de afisonats, (que siga dit de pasóte, no foren tan galans com éstos que san pagat els gastos de tota clase y nos han convidat per mich de elegans y fines esqueles); se presentá la cuadrilla y al moment corregué la alegría per els carafals en figura de pòr ó dígase canguelo, pera que mantenguen. El primer espasa ó siga Cayetanò Sanz (que tal pareixia segons lo gròch que se posá), es portá com un héroe en nòstre consèpte, pues segons els intelichents pegá dos espasaes pròpies de un mestre, sent la última un mete y saca que no esperabem; el public el aplaudi en chustisia, li tiraren dotsenes de puros y feren com qui li donaren el bòu (becerro), cuya orella aná per laire. A estes glòries ya que añadir un abòno que prengué el tal Sanz en la arena davant el primer bòu y una tocá de canella tirant muleta y espasa y tot lo que el estorbaba, quant va vore que el beserret enconter de estarse quiet, li mampren la figura del bulto de una manera que no estaba conforme en les regles de la tauromaquia; la barrera que tot eu reci-

bix, va resibir esta vòlta al primer espasa cap per aball; este eixemple donat per el gefe, el següiren alguns atres despues.

El segon espasa que li direm el Tato por lo bien plantao y satisfet, no li encontrarem de sòbra mes que unès cabotaes á dreta y á esquèrra que'n un carrer estret la beren apurat pera no trencarse el cap, al vore lo garbós que ixqué y estigué durant tota la correguda, nos doná ánimos als que com *El Rubí* no les tenien totes segures. Pero la mala sòrt fon que sense ducte, este tal Tato li han explicat la tauro-maquia en Frància ó en la China y estaba cregut de que la palometa la tenien els bòus en la panxa y totes les estocaes les asertaba en termes que el bòu sempre anaba atravesat. La demés chent de á peu se divertí y lográ que nosatros ferem igual. Els picaors molta fierea y queriendo siempre en particular el número ú; y pera que no faltara tarasca, com en tota funsió, se nos presenta un D. Quijote en ulleres que posá de mal humor á tots els de la plasa.

Reasumamos: Todos en general se escedieron en lo que de aficionados podia esperarse, por lo que no podemos menos de dar las mas espresivas gracias á los autores de tal pensamiento; que á la vez que proporcionaron un rato de soláz al numeroso público, ofrecieron una ocasion para que el Santo Hospital reportase una limosna no despreciable. Muy bien, pues, y reciban nuestro sincero parabien toreros y funcioneros.

El Rubí.

La historia de una carta.—Axí se titula una comèdia nòva que han estrenat en el Principal, en que el semi-protagonista en una *sabandija*. Pera satisfacció del sentít comú, debém añadir que lá tal comèdia es francesa, no es invensió de ningun españòl. Sòls als fransesos sels podria ocurrir, fer eixir á taules y nada menos que pera introduir al protagonista, á un *escarabat*.

Este fransés, (volem dir el autor, no el animal) deurá ser algun aristócrata de pòrche, cuant tanta familiaritat y coneixensa té en aquella clase de individuos bodegoners.

¡Chesus y qué còses! al manco foren mes netes.....

Por todo lo no firmado, *Francisco Colubi*.

ERRATA.

En nuestro último número y poesía, titulada *Al Oro*, por un olvido se omitieron los dos últimos versos de la primer redondilla, que dicen así:

«De tu profunda ciencia los arcanos,
¿Cómo pudiera comprender la mente?»

Director, propietario y Editor, *José Vicente Nebó*.

Valencia: Imprenta de José Rius.—1861.